

nueva, el mejor libro publicado en los últimos años a lo largo del litoral suramericano del Pacífico.— *Arturo Troncoso*.

AUSENCIA. por *Arturo Torres Rioseco*.

Poeta y escritor chileno de vasta nombradía en España y en América, sólo en Chile no gozaba Torres Rioseco del justo prestigio que merece. Pero ¿cuál de nuestros grandes valores espirituales tiene entre nosotros el respeto de las gentes? Dos figuras chilenas han llegado a las fronteras de todos los países, política una y literaria la otra: Arturo Alessandri y Gabriela Mistral. Y mientras en el extranjero se les reverencia como a personajes del universo, en su patria se les discute y se les niega con empecinamiento de indios atormentados. Es la mezquina idiosincrasia criolla.

El autor de *Ausencia* (1) ha necesitado vivir catorce años en Estados Unidos, ejerciendo su cátedra de literatura hispano-americana; ha necesitado publicar su *Rubén Darío*, estimado ya como el único estudio definitivo de la vida y la obra del nicaragüense genial, y traernos este libro de poemas, para que en Chile no se niegue su existencia como poeta y como crítico.

No conocemos de Torres Rioseco su libro *En el encantamiento*, que editara García Monge en Costa Rica hace diez o doce años, y no podemos, en consecuencia, ver la trayectoria de su lírica modernista. Pero

(1) Imprenta Universitaria. — Santiago de Chile, 1932.

nos basta con esta *Ausencia* clara y emocionada para decir que tenemos en él a uno de los grandes poetas de Chile y de América.

Sus Romances, el que da título al libro, sobre todo, nos parecen obras acabadas de elevación y de forma. Para encontrar en la moderna poesía del idioma cantos que pudieran comparárseles, habría que volver los ojos a García Lorca, el poeta de más nervio en la España de hoy.

Imágenes novedosas y sugerentes sin caer jamás en la charada vanguardista, y un dominio absoluto del lenguaje, dan al temperamento lírico de Torres Rioseco el fuerte relieve de un poeta auténtico.

En su canto a Caupolicán, de tan vigorosa entonación autóctona, vive el prestigio de la raza araucana con toda su grandeza indomable y dominadora. El soneto de Chocano, celebrado en América como el mejor poema en que se recuerda la hazaña del toqui lejendario, pasará a ser una producción de segundo orden ante la definitiva evocación de Torres Rioseco.

El autor de *Ausencia* queda ya al margen de críticas negativas, tan comunes en la prensa y en los corrillos literarios de Chile. Es un alto valor en la poesía del Continente, y sólo podrán desconocerlo los que rebajando méritos ajenos tratan de engrandecer la propia pequeñez.— *Carlos Préndez Saldías*.

CRITICA

Sobre el arte de la novela ha escrito Marcel Arland, joven crítico francés, algunas notas que vale

la pena comentar. Posiblemente en Francia la novela sufre las influencias de ese nuevo mal del siglo en que se siente latir un mundo en gestación, lleno de posibilidades y de sugerencias. Arland estuvo en la vanguardia literaria y hoy vive alejado de toda escuela. Posición de espectador que no le impide analizar las corrientes del pensamiento y de la acción en Europa. Las generaciones nuevas oscilan entre dos mirajes: el orden y la anarquía. Hacia donde vuelva la cabeza, el escritor joven encuentra proyecciones de sus propias imágenes interiores: en un extremo más fuerte que en otro. Un instinto secreto les impulsa a crear, a afirmar una posición, a buscar las leyes que han regido las viejas armonías. Para el pensamiento no hay otro orden que el que existía en la víspera y la anarquía asimismo considera que ella es el refugio del orden.

Europa busca desesperadamente, desde hace quince años, este nuevo orden y América no es extraña a esa angustiosa inquietud. En estas etapas convulsionadas que lo mismo pueden arrastrar a la decadencia como a la resurrección surgen las revelaciones inesperadas, el genio de los individuos. He aquí, pues, el drama de las generaciones, jóvenes, aun de las que no son generaciones de artistas: encarnizadas en la destrucción, incapaces de fijarse, por ahora, en nada estable, vibran al mismo tiempo, sacudidas, por un terrible apetito de vivir.

La obra de arte ha sufrido estas influencias. La ha sufrido no sólo en

Europa, sino en América. Se ha llegado a un punto en el que los escritores sienten la desorientación o perciben el imperioso golpe de nuevas sugerencias. A una etapa de arte anárquico, sucede un silencio de expectación, como la naturaleza ante los horizontes cargados de tormenta. Ahora precisamente la literatura se ha convertido en el vehículo para el examen de los más graves problemas; ha provocado inquietudes profundas, ha dejado de ser arte deshumanizado. Pero no hay que tomar demasiado al pie de la letra estas expresiones ni los escritores tienen por qué imaginar que las obras literarias dejarán de ser obras de arte. En el fondo de esta fuerza creadora, de mayor responsabilidad, está siempre el hombre. Y esto es lo esencial, puesto que los libros se hacen con vida y ahora más que en otras etapas, con la experiencia de los que han vivido con avidez. El acento humano es lo que se aspira a poner de relieve y las obras literarias mejor logradas, de este período de convulsiones y de luchas, son aquellas que interpretan el hombre y tratan de dar una imagen más honda y por tanto humana, de sus inquietudes. Tan honda que lleguen a producir emoción, donde quiera que se lean.

Hace más o menos diez años se abrió en París una encuesta acerca de la influencia del cinema sobre la novela. Eran días difíciles para el arte dramático y para el arte de hacer novelas. En casi todas las respuestas se vaticinaba un tipo de novela, con acción precipitada, con imágenes múltiples y violentas.

Un escritor, Paulhan—comenta Arland—dijo que la más efectiva y la más útil de las influencias sería la de alivianar la novela de todo lo que el cine había tomado para sí. Por lo tanto, si se alivianaba la novela de todo lo que tiene de común con el drama, la comedia, las memorias o dicho con otras palabras, de todo lo que puede ser elemental en otro género literario, le quedaría muy poco de lo que es su esencia. Una buena novela puede resumir todos los géneros y combinar los elementos más diversos en tal forma que su resultado sea único.

Encuentra Arland, en la novela de hoy, carencia de ambición. No hay novelistas que emprendan la aventura de la novela como si se tratara de realizar una obra de gran espesor. Han limitado sus aspiraciones a hechos simples, a anécdotas inconsistentes. En ocasiones, viajes a un mundo interior, muy personal, pero despojado de interés; confesiones, banales o descripción de alguna anomalía sexual que no tiene siquiera la grandeza de una creación, simples calcos de las confesiones de los pocos escritores que han logrado dar en sus páginas acentos de humanidad, con la pintura de sus lacras íntimas. Sin duda, influye la existencia que hoy se lleva. Pero también, el desenfreno de los dones espirituales, el cansancio del lector para las obras complejas, la diversidad de tendencias, el inmerecido desdén por la solidez. Acción y personajes continúan siendo elementos fundamentales de la novela, pero han sido despojados de toda grandeza y no trabajan estos

en profundidad, sino al modo de imágenes efímeras, sobre superficies escurridizas, para halagar la frivolidad del ambiente.

En América el problema es diverso por lo menos en el orden artístico y en lo que a la novela se refiere. Aquí no hay más que seguir un destino de claridad y una empresa de interpretación. Es lo que busca el escritor americano, a despecho de las imitaciones y de las obras literarias calcadas sobre modelos europeos. El escritor vuelve la espalda a Europa, no para desdeñarla sino para penetrar en su propio destino. Al fin, es su propio destino lo que trata de buscar, puesto que describiendo la existencia en sus respectivos países americanos y rastreando en sus orígenes, construye un proceso ideológico que le permitirá más tarde tener una imagen articulada de su desarrollo. Pero no es esto sólo. Las transformaciones que ha sufrido el mundo, han impreso sobre la novela un sello de singular inquietud. En su médula la humanidad lectora busca su drama y sus problemas. América no ha escapado a las influencias europeas y lo que los escritores de los países hispanoamericanos no pueden eludir, es condensar, en las creaciones literarias, con un arte limpio y vigoroso, nuestras transformaciones interiores, nuestros problemas y sobre todo el hombre nuestro, capaz de producir, en la creación novelesca, por su verdad y por su fuerza, esa emoción humana que el lector de todas las tierras, busca a través de los libros.—*Domingo Melfi.*